

MIGRANTES ANDINOS EN UN CONTEXTO URBANO: LAS CHOLAS EN LIMA

Patricia Oliart

*...María es el sol, el olor, el sudor; es la dosis
más fuerte y lenta de alguien que sabe reír cuando
debe llorar y no vive y está que revienta.
María, María Milton Nascimento.*

Desde la experiencia vital de alguien perteneciente a la clase media limeña, los sujetos del presente artículo podrían tal vez remitirlo a la casera del mercado o a la vendedora de periódicos de la esquina, a la -más cercana- "muchacha" de su casa; o, tal vez, le recuerde alguna de las incursiones de la T.V. en los pueblos jóvenes, mostrándonos sus comedores populares, sus reclamos por el agua, sus enfrentamientos con la policía en una marcha que quiso ser pacífica. Desde allí se percibe su pobreza, y también algo de sus sufrimientos y limitaciones. Pero para quienes -por razones de trabajo, intereses diversos u opciones vitales- se han acercado al mundo de estas mujeres, a su ambiente cotidiano, a su vida familiar y social, a sus aspiraciones y sus luchas, la percepción se hace muy distinta. Se descubre con ellas una vida plena de actividad, una firme voluntad de lucha contra la adversidad, una creatividad que vence límites inflexibles para vivir en solidaridad. También están -por supuesto- las dificultades, las pequeñas peleas, las envidias y los celos, las diferencias culturales, los impulsos arribistas... Todo ello transcurre en los barrios populares de una ciudad cada vez más chola, donde la

presencia de estas mujeres, sus esposos y sus hijos, provoca bastante más que cambios demográficos.

En este artículo se pretende dar cuenta de una conciencia nueva en los migrantes serranos, que hoy son la mayoría del "pueblo limeño". Conciencia nueva -con menos de tres décadas respecto de su situación como peruanos, como ciudadanos con derecho a aspirar a una vida mejor y luchar por alcanzarla. Pero hemos escogido hablar solamente de mujeres, porque junto con esta defensa de la identidad cultural asistimos al desarrollo de una personalidad vigorosa y autoafirmativa en las madres y esposas que moran en los barrios populares de Lima. Algo de ésto se evidenciará en los fragmentos transcritos de entrevistas realizadas a cinco mujeres que tienen en común su origen serrano y campesino.

I

Pese a que ya es un lugar común el afirmar que Lima es cada vez más chola y popular, no es ocioso para lo que nos ocupa, mencionar algunas expresiones de la presencia andina en nuestra ciudad. Recordemos, en primer lugar, que cerca del 25% de la población de Lima nació en los departamentos de la sierra. Del total de serranos en Lima, el 19.7% proviene del departamento de Ancash. Junín y Ayacucho aportan -según el censo de 1981- un 13% cada uno. De Cuzco, Puno y Apurímac viene el 19%. El resto corresponde a Cajamarca, Arequipa, Huánuco, Huancavelica y Pasco, en orden de importancia. Para proporcionar alguna idea sobre la composición social de estos migrantes, nos remitimos a un cuadro del Ministerio de Trabajo recogido en *Trabajo en Cifras* (1). Allí se nos dice que el 52% de los migrantes en Lima vive en los siguientes sectores: Cono Norte, Cono Sur, Ate-Vitarte, El Agustino, La Victoria, San Luis, Rímac, San Juan de Lurigancho. En estas mismas zonas, según el cuadro mencionado, reside el 58% de los obreros de empresas privadas, 38% de los obreros públicos, 58% de los trabajadores independientes y el 69% de los trabajadores familiares no remunerados. En estos mismos distritos se encuentra la mayoría de los pueblos

(1) Yepes, Isabel; Sulmont, Denis: *Trabajo en cifras*. P.A. de Ciencias Sociales, PUC. mayo de 1983.

jóvenes de la capital, en los que, según el último censo, habita el 24.7% de la población de Lima Metropolitana.

Pero hay otros indicadores más evidentes para un observador cualquiera, que dan cuenta de los cambios ocurridos en esta ciudad. Por ejemplo, hace 20 años difícilmente la Plaza San Martín o la Plaza de Armas hubieran sido escenarios de entusiastas y consecutivas concentraciones de conjuntos e intérpretes de música serrana, ante un público mayoritariamente provinciano y popular. Por otro lado, la idea de que la "música folklórica" -como comúnmente se llama a la música tradicional serrana- está totalmente marginada de los medios de comunicación, queda relativizada cuando sabemos que se propalan, a través de ocho emisoras locales, un promedio de 80 horas diarias de esta música, con espacios muchas veces mantenidos por los clubes de provincianos existentes en la capital (2). Además de ello, cada día son más los programas dedicados a la difusión del sorprendente fenómeno que representa la llamada "música chicha" o cumbia peruana.

La realidad de la presencia andina en la ciudad ha sido incorporada también en los avisos comerciales de la televisión, cuyos publicistas necesitan desarrollar una especial sensibilidad para conocer a los compradores de sus mercancías. Así, a diferencia de décadas pasadas en las que el cholo aparecía lejano o estilizado, hoy vemos su imagen y su lenguaje representados cada vez con mayor realismo, apareciendo como destinatario preciso de tales mensajes publicitarios.

Todas estas transformaciones en la vida cultural limeña, además del reconocimiento casi oficial del elemento andino como componente de esta ciudad, no sólo obedecen a la presencia numérica de los serranos en Lima. Hay una actitud en esos migrantes y sus hijos limeños que también es hoy diferente. Es decir, son ellos mismos los principales gestores de estos cambios. Su realidad es otra porque ellos lo han provocado. Nos interesa mostrar cómo en todo este proceso se desarrolla una conciencia nueva que aparece en las palabras de nuestras entrevistadas: "La capital de nuestro país, y se lo digo sencillamente, ya no es para

(2) Lloréns A., José Antonio: Los "Programas Folklóricos" en la Radiodifusión limeña, Lima, enero de 1983. (Sin publicar).

unos cuantitos. Han habido cambios tremendos. Aquellos que siempre han dicho que son limeños, blanquitos, costeños, herederos de una sangre azul [...], orgullosos de sus ojos azules y verdes, ahora son un grupo minúsculo [...]. Lima ya no es de ellos. Ahora la capital ni siquiera sirve para que ese grupo pueda sentirse diferente de los provincianos, esos que apestan a queso, apestan a llama" (María, 54).

Numerosos y de diverso orden son los elementos que han intervenido en esta transformación del mestizo popular (3). Desde el impulso creciente de los pueblos andinos a la construcción de carreteras que acercan el campo a Lima, hasta el acceso a la educación, pasando por el registro en la conciencia de la prédica anti-racista y nacionalista del gobierno de Velasco. El mercado, con su fuerza homogeneizadora, también contribuye a cambiar perspectivas:

"Los provincianos ahora somos más allegados ya al pueblo limeño. Antes también venían y se les notaba. Ahora no. Uno no sabes cuándo ha llegado uno, si ha llegado, no ha llegado, si es de aquí. Sus ropas son iguales de todos, con zapatillas, su bloyín, polo, igual nomás. Pero también ya no hay desprecio" (Raquel, 24).

Junto con limeños -en su gran mayoría hijos de provincianos- y costeños, los migrantes serranos en Lima han construido pueblos enteros, transformando terrenos áridos e inhóspitos en zonas habitadas y hasta ornadas de plantas y provisionales jardines exteriores (4).

Así, cada día nuestra ciudad va adquiriendo características físicas y culturales nuevas y originales. A pesar de la profunda crisis, de la miseria y el hambre, en los barrios populares de Lima no hay sólo descomposición y muerte. Hay vida, ganas de vivir la con esperanza, alegría y creatividad. Con ello asistimos a la con-

(3) Nos referimos a un mestizaje cultural, más que racial.

(4) Al respecto, son ilustrativas las investigaciones de Norma Adams, antropóloga del IEP sobre el pueblo joven 1º de octubre y los migrantes del distrito ayacuchano de Huahuapuquio. **De campesinos a profesionales.** (PUC, 1980) de Jorge Osterling, también da cuenta de este fenómeno bastante común.

figuración de una cultura popular en la que aquella atávica separación entre costeños y serranos se transforma cada día -y en gran parte- por acción de los segundos.

Desde los años sesenta, los migrantes serranos son más urbanos, pero también más cholos; es decir, más dispuestos a defender su identidad y su condición de peruanos, aprendiendo a usar referentes totalizadores, sin perder la particularidad: "...Ahora, el provinciano está comprendiendo que es tan peruano como el que más. Esto antes no se podía. Peruanos eran solamente algunas personas, ¿no? Ahora no. Y, además, el provinciano ahora se siente orgulloso de ser serrano [...], ahora baila, canta y grita su huayno donde sea y dice: yo soy serrano" (María).

"Antes se hacía mucho diferencia con los provincianos. Ahora ya no puede haber. Antes los provincianos eran más despreciados, ¿no? Se borlaban, les trataban directamente de serranus, como insulto, ¿no? Los criollos se creían más importantes. Pero... un peruano... yo creo qui no se le debe tratar así ¿no? porque todos somos peruanos, todos somos humanos. Esta vez, en estos años, yo creo qui ha cambiado mucho eso" (Olga, 31).

Para ello, existen en la sociedad peruana actual mejores condiciones que antes. Pese a la diversidad de vertientes culturales coexistentes en este país, asistimos a un proceso de creciente homogeneización que hace que nos atrevamos a decir que en la actualidad, el problema fundamental de los migrantes al llegar a la ciudad ya no es el "choque cultural".

Haciendo una gruesa simplificación, podríamos decir que hay dos grandes maneras de ingresar a la urbe. Son modalidades relacionadas también con oleadas migratorias distintas en el tiempo. Hasta hace dos o tres décadas el migrante típico llegaba solo a la capital. Tenía que buscar sus medios de vida por sí mismo, o bien -sobre todo para el caso de las mujeres- era recibido por un conocido o pariente lejano, por lo general ya "acomodado", para quien comenzaba a trabajar bajo relaciones serviles. Este migrante arribaba a un medio distinto del suyo y en condiciones desventajosas, sin mayores vínculos con sus iguales. Para integrarse al medio, debía asumir patrones de comportamiento ajenos, sintiéndose indefenso al no contar con el respaldo de quien estu-

viera en condiciones iguales a la suya. Esto, hasta encontrarse con las diversas instancias socializadoras de las clases populares. Durante este proceso, el sentimiento predominante era el de la hostilidad hacia él y hacia su identidad:

“Antes la gente de Lima vivían de los provincianos, y los provincianos vivían sin respeto. Encima qui tenían que trabajar duro, se les trataba mal” (Olga).

“Ahora que soy una persona madura [...] voy sacando una conclusión de mis primeros años en Lima, y me doy cuenta pues de que había un complejo tremendo y que nadie quería ser serrano. Todo el mundo quería ser de Lima, y todo el mundo quería ser de la parte Norte, de la costa, nunca de la sierra. Todo el mundo era ‘costeño’, nunca les gustaba decir que eran de la sierra” (María).

“[Lima] me parecía un mundo tan distinto... porque yo ya no escuchaba mi huayno -por lo radio sólo rancheras, guarachas, nomás pasaban- ni tampoco podía cantar porque me parecía que me miraban como a un animal raro” (María).

Lo descrito líneas arriba corresponde con la primera de las formas de ingreso a la ciudad. Posteriormente, en especial durante las últimas dos décadas, la llegada masiva de migrantes permite la generalización de los “clubes de residentes” y de todo un ambiente provinciano que -más allá del club- acoge al recién llegado. El migrante de estos años llega a la casa del hermano, del primo, del pariente cercano que ya tiene, o está construyendo su casa, que vive solo o con su familia y que le presta la ayuda necesaria para buscar un empleo, terminar sus estudios; en suma, para abrirse paso en la ciudad. Culturalmente, el mundo al que llegan estos migrantes es más cercano al que dejaron atrás. En el barrio al que llega, es posible que sus vecinos provengan de su mismo pueblo, o de uno muy cercano (4), o que sus parientes formen parte de un equipo de fútbol o un club con los paisanos. Celebrará con ellos “fiestas costumbristas” -como llaman los provincianos a la celebración de las fiestas tradicionales- de su pueblo y de otros pueblos. Así, el desarraigo no será tan grande y podrá conservar partes importantes de sí mismo en su integración a la vida en la capital.

"... Pero ahora ya en la ciudad, los serranos han sabido hacerse un espacio. Tienen sus clubes, se ayudan entre paisanos. Antes no era así. Uno llegaba y no sabía nada de paisanos. Entonces trataba de arribar, de individualizarse. Eso era todo. Y son los mismos provincianos los que han cambiado esto, ¿no?. ... Los limeños, o mejor dicho, los criollos siempre tratan de discriminar por medio de la raza. Siempre están: 'que costeño, que serrano...'. Eso ya está sembrado. Y es bien fuerte, pero los mismos provincianos lo están cambiando" (Lucy, 26).

Si bien la forma de ingreso a la capital es importante para el posterior desarrollo de la vida cotidiana del migrante, juega también un papel importante en ello la relación que éste establezca con las organizaciones o las diversas instancias socializadoras del mundo popular y de la ciudad. Puede ser el sindicato, la federación, la asociación de ambulantes, la organización vecinal, la secta religiosa, el club deportivo, el club de madres, el partido político, etc. A lo largo del proceso de inserción en la ciudad, va transformando su visión de ésta, del país, de las clases sociales, de sí mismo.

"En su casa de mi madrina, donde yo me he criado, sí han cambiado las cosas. Antes me trataban distinto, entonces yo he ido a visitar con mis hijos y mi ha hecho sentar en la sala, a mis hijos les ha mimado, y hasta mi ha preguntado mi dirección [...]. Entonces yo le digo: ¿Qué ha pasado madrina, ¿por qué me tratas así? ¿Por qué está así tu casa? Porque antes su casa de mi madrina era puru lujú tenía. En cambio ahora, es igual nomás a la casa de mi otros familias. Y ella mi dice qui los tiempos han cambiado, que la vida ha cambiado. Yo creo que ahora todo es más igual que antes... Antes, ... cuando los limiños viían una cucaracha gritaban, si asustaban, ahora no. Es como ver... un animalito otro en su casa [se ríe] ahura ya hay cucarachas en todas partes, moscas en todas partes" (Olga).

"El triunfo de Barrantes no es el triunfo de un partido. Es el triunfo de los provincianos y de los pobres de Lima" (María).

Los cinco casos que presentamos no son raros o muy especiales. No nos fue difícil conocer a estas mujeres, conversar con ellas o saber de sus vidas. Con sus orígenes y primeras expe-

riencias comunes, y los distintos rumbos que tomaron sus vidas posteriormente, todas ellas nos muestran el importante papel que -desde la particularidad de las actividades femeninas- cumplen las mujeres como agentes activos en la mejora de las condiciones de vida del pueblo. Raquel y Olga, luchando diariamente por su organización y su barrio; Lucy, con un proyecto más definido políticamente, bregando por sacar adelante la organización gremial de las trabajadoras del hogar. Isabel invierte su dinamismo y energía buscando, junto a otras vecinas, las formas más eficaces de obtener los servicios para su barrio. María, más allá de sus logros como cantante, se esfuerza por cumplir con un rol de educadora y defensora de nuestra identidad mestiza.

A través de sus testimonios podemos ver también cómo algunos de los valores tradicionalmente atribuidos a las clases populares -como el fatalismo, la conformidad, el espíritu pasivo- parecen estar ausentes en varios aspectos de la vida de estas mujeres. Los importantes cambios ocurridos en sus vidas (la migración, las diferentes experiencias de trabajo, la vida escolar, el matrimonio) no aparecen para ellas como obra del destino y sus designios, sino como parte de una constante lucha contra lo tradicional, lo establecido, que pretendía negarles el estudio y la posibilidad de mejorar sus vidas. Con esa comprensión de las cosas, se expresan también ciertas frustraciones que tratan de ser resueltas proyectando el futuro de los hijos. Frente a ellos, estas mujeres no se sienten contentas con lo logrado. En todas está presente esta idea: "Que no sean como yo... que no sufran como yo". Desean para sus hijos un mayor nivel educativo y estabilidad en su vida de adultos. Gran parte de su esfuerzo cotidiano apunta a cumplir este objetivo.

Con todo ello, podemos decir que para nuestras entrevistadas y para otras como ellas, la vida está en el futuro y se construye desde hoy, día a día, con esfuerzo y con proyectos. Sus esperanzas están encarnadas en la posibilidad de una vida mejor para los hijos y en la "superación" de su barrio. Pero para llegar a realizarlas trabajan diariamente con empeño y decisión.

¿Qué es lo nuevo en todo esto? Creemos que es posible mostrar los cambios que se operan en la conciencia popular como parte de fenómenos sociales mayores y con alguna historia hacia

atrás. Cada vez se hace más evidente el desarrollo de una conciencia democrática: Todos somos iguales, todos tenemos derecho a lo mismo. De esta manera, hoy se comprenden de muy diversa forma las tradicionales divisiones sociales:

Si hay ricos y pobres, no es porque "así debe ser". Igualmente las diferencias raciales no marcan superioridad o inferioridad en las personas.

La educación, en cambio, sí diferencia cualitativamente a las personas porque ofrece mayores posibilidades de realización personal.

El hombre no es mejor que la mujer.

La unidad del pueblo es importante para conseguir lo que necesita; además, aquéllo sólo se puede lograr luchando.

Por otro lado, podemos ver que en esta Lima chola y popular se está gestando una cultura nueva en múltiples dimensiones. Encontramos a mujeres que viven su feminidad autoafirmando la fuerza que les da el ser mujeres y madres del pueblo. Presenciamos también la aparición de migrantes -y de sus hijos- que ya no se sienten extranjeros en la capital, sea porque aquí se encuentran entre los suyos, como también porque el rechazo de Lima y los limeños ya no es importante para ellos.

Aquí, en esta ciudad, donde se encuentran, se conocen y conviven partes del mosaico que somos, están surgiendo peruanos y peruanas que anuncian el futuro de "una nación joven en un país viejo".

II

Presentamos, ahora, a Raquel, Olga, Lucy, Isabel y Maria. Sólo una de ellas nació en Lima, pero es hija de migrantes serranos. Las demás llegaron a Lima antes de los 16 años y son de origen campesino. Las entrevistas fueron hechas entre febrero y abril de 1984 (5).

(5) De las entrevistas hechas a Maria Alvarado Trujillo, una se realizó en 1981 en la Escuela Nacional de Arte Folklórico. José A. Lloréns, autor de la entrevista, nos la cedió gentilmente para este artículo.

En las siguientes páginas, pretendemos dar una imagen lo más cercana posible del transcurrir de sus vidas, de sus preocupaciones y de la actitud con la que enfrentan los problemas. Conocemos ya algunas de sus percepciones sobre Lima y los provincianos. Ahora nos acercaremos a sus aspiraciones, a su vida familiar, a su lucha diaria por una vida mejor o al menos igual -no peor- a la que hoy llevan.

RAQUEL

Nació en el departamento de Ayacucho y tiene 24 años. Llegó a Lima poco después de morir su padre:

“Mi mamá estaba sola, desesperada, no sabía qué hacer. Teníamos un terreno chico nomás, mi mamá no tenía cómo cultivar. El último de mis hermanos estaba de un año, los otros tenían 3 años, cuatro años y seis años. Conmigo éramos cinco. Yo tenía 10 años. De ahí nos hemos venido pa' acá, para Naranjal. Acá en esa época había algodón y juntos con mi mamá me puse a trabajar recogiendo algodón”.

Esto ocurría en una ex-hacienda -hoy CAP- ubicada en el distrito de San Martín de Porres en las faldas del Cerro “El Choclo”, cuya apariencia se ha ido transformando en los últimos 8 años. El declive de sus laderas está hoy convertido en una suerte de andenería en cuya parte plana se construyen las viviendas de estera, cartón y adobe de cerca de 170 familias. La tarea de ganarle terreno al cerro ha sido y sigue siendo enfrentada cotidianamente de manera colectiva. Permanentemente se ve grupos de personas quitando piedras y aplanando la tierra; dibujando la que algún día -según sus pobladores-, serían las calles de su aún no reconocido pueblo joven. Allí, en ese cerro, vive Raquel con su esposo, sus tres hijos y un hermano menor a quienes sostiene con su trabajo:

“Como sea yo tengo que mantener a mi familia porque mi esposo está estudiando en la universidad y no me puede cómo ayudar, así que yo pue trabajando le sostengo a mi hogar”.

Gana entre 4,000 y 4,500 soles diarios cortando alfalfa, por la que tiene que pagar para luego venderla en el mercado.

Además, esta joven mujer es secretaria de organización del comité de damas de su barrio. Por lo que nos dice, su esposo parece haber influido mucho en su comprensión de las cosas:

“En el comité de damas tratamos de organizar a las compañeras para... cómo se llama... para poder luchar unidas por nuestros hijos. Mi esposo, él me dice que organice a las mujeres, que hay que cultorizarlas para que se organicen para que pueden comprender más y que así las mujeres ya no van estar cohibidas en su casa, calladas, que no pueden ni participar ni hablar en público. Así me dice mi esposo, que juntos y organizadamente podemos avanzar, porque necesitamos, porque somos pobres”.

Raquel es una mujer menuda, muy delgada y ojerosa, de hablar pausado y semblante tranquilo. Contrastan con su apariencia su responsabilidad y disposición para el trabajo, así como la seriedad y tono grave que asume al hablar de sus hijos. Un día cualquiera en la vida de Raquel es como ella nos dice:

“Yo me levanto las cuatro de la mañana, compro mi alfalfa y cargo y voy al mercado. Regreso y cocino pa' los hijos; después, empiezo lavar ropa, después ya hago otras cosas. Si hay una reunión, yo ya me vengo pa'ca [se refiere al local comunal donde se realizó la entrevista], estoy limpiando, llamando a los vecinos al local, converso con las vecinas para organizarnos, ver lo que estamos haciendo. Si viene el médico, también preparo el local... Y así pasa mi tiempo. Yo me acuesto a las ocho, más tarde no puedo porqui tengo que levantarme las cuatro. Si tengo que cortar -hay días que voy cortar más lejos- entonces me levanto las tres de la mañana. Así pasa mi tiempo...anochezco, amanezco trabajando...”

Ella lamenta no haber estudiado más, pues desde muy pequeña tuvo que ayudar a su madre con la mantención de sus hermanos menores. En su pueblo solamente estudió hasta segundo de primaria, pero dice que al llegar a Lima se le olvidó todo. Su madre acudió a unos parientes que vivían en Barrios Altos para que matriculasen a Raquel en una escuela. Lo hicieron, pero Raquel no tuvo mayor éxito en sus intentos de seguir estudiando:

"...ahí en Barrios Altos yo tenía familia. Estudiaba en el nocturno. Me acuerdo: todos los alumnos eran más grandes, yo era la más chica. Pero mi horario de trabajo era de 7 de la mañana a 6 de la tarde, entonces yo llegaba al colegio y me dormía, no podía cómo aprovechar el estudio. El cansancio mismo me hacía dormir en la carpeta, no pude aprovechar así que lo dejé. Más era lo que se gastaba pasajes..."

Pero como tantas otras madres, ella traslada sus aspiraciones educativas a sus hijos, y ve su formación escolar y universitaria como garantía de seguridad para ellos:

"Mi hijita mayor [7 años] ya está estudiando... Yo quiero que mis hijos sean educados, instruidos, que sigan su profesión. Pero también quiero que luchen... que luchen pa' que mejore la vida del pueblo, que luchen por el pueblo... Ahora es una crisis económico tan grande, no tenemos pa' comer, no le podemos dar buena su educación a los hijos, pero tenemos que hacer el esfuerzo... porque si no, igual que yo serian mis hijos pues también".

OLGA

Nació hace 31 años en un barrio minero de Cerro de Pasco. Lleva en Lima 26 años. Es huérfana de padre y madre desde los nueve años y a partir de entonces fue a vivir a casa de su madrina. Desde 1961 hasta 1975 -año en que se casó- trabajó allí como empleada, asumiendo las tareas que su madrina le daba en el restaurante que aún posee en un céntrico barrio limeño. Olga trabajó allí sin sueldo hasta 1970. Ella dice no entender esto como una injusticia puesto que su madrina la trataba como a una hija y además le dió educación.

Mas la percepción que tiene de su madrina es contradictoria. Agradecida en algunos momentos, crítica en otros.

"Yo: estudiaba en Jesús María, y trabajaba en avenida Grau. Como mi madrina tenía negocio de restaurante, yo mi levantaba las cuatro de la mañana para empezar a preparar las cosas, limpiar, comprar, esas cosas. El colegio era lijos y yo llegaba tardi, a veces no iba de

cansancio, me quedaba nomás. Otros días mi dormía en la carpeta. Mucho era el cansancio pues”.

O también:

“Yo mi casé contra la voluntad de mi madrina. Ella no quiría que yo mi case. Quería que esté siempre con ella. Contra ella y mi padrino yo me casé con dispensa judicial”.

Desde entonces -1975- vive igual que Raquel en Cerro El Choclo. Sobre este pobre y alejado asentamiento nos dice:

“Ahora esto está más bonito qui antes; ¿no?, porqui ha cambiado, está mejor ahora y con el tiempo va ser una maravilla. Vamos a tener de todo. Ahora tenemos una carretera, viene el aguatero, viene el gaseosero; bueno pues, tenemos de todo. Antes acá no llegaba nada, ‘bía que caminar hasta la Panamericana, ahora ya hay camino. Si te vas en taxi, te vienes en taxi, te has venido en micro ¿ves?, ya hay. Antes no había ni camino pa’ caminar. Yo mimagino que con el tiempo esto va a ser mejor”.

Olga es ama de casa. Su esposo es obrero textil y trabaja en el horario nocturno. Tiene cinco hijos, cuatro en la primaria y uno en educación inicial. Lo más importante para ella es que ellos estudien:

“Pa’ mis hijos... yo cuánto quisiera que estudien, ¿no? aunqui no sean profesionales, yo quiero que progresen, que trabajen pa’ que se desenvuelvan, ¿no?, que tengan un buen trabajo. No quiero que sufran como yo, porque cuando uno no tiene madre, padre, se sufre mucho. Si quieres estudiar, no puedes; entoncis trabajas, estudias, pero no se puede, es mucho el agotamiento. Yo tengo mi cuarto de primaria. Hasta ahí estudié. Ahora les exijo a mis hijos que estudien. Les digo, les suplico que estudien, que no sían como yo. Yo tengo mis hermanos mayores que son profesionales. Ellos han adquirido su profesión con su esjuerzo. Mi papá nos dejó muy pequeños, ellos estudiaban, trabajaban. Yo no hey podido porque era muy pequeña, mi cansaba más. Ellos trabajaban para ellos. Para mí no se podía... De allí mis hermanos se llegaron a casarse y se olvidaron de

mi...hace diez años que no les veo a mis familias. A veces pienso ir...pero no puedo...por una cosa, por otra cosa...se enjerma mi esposo, se enjerma mi hijo, o no tengo para el pasaje... y así así, yo no voy a ver a mis hermanos”.

A su madrina ha ido a visitarla dos veces desde que salió de su casa. Se ha vinculado más al mundo familiar de su esposo. Su situación actual tiene para ella un doble signo. Siente que ha disminuído de categoría social y no quiere que nadie que la conociera siendo soltera sepa del lugar y las condiciones en las que vive. Por otro lado, se considera “mejor” que muchas de sus vecinas, más instruída, más culta, más humanitaria y activa, además desinteresada.

Olga tiene varias responsabilidades en su barrio. Es promotora de salud de su comité, pero por su dinamismo y habilidad también atiende las necesidades de otros. En el club de madres es secretaria de prensa y, junto con Raquel, es una de las más dinámicas propulsoras de éste. Aunque tal vez para cada una, estas responsabilidades estén cargadas de sentidos muy distintos:

“Me gusta participar y ayudar, soy muy humanitaria. No soy rencorosa, tendré problemas con otras señoras, pero mi olvido al instante. Nosotros queremos que todos sían unidos, que no haya problemas en el pueblo... Pero la mayoría de las compañeras no comprenden... quizás nunca han participado, entonces no saben lo que es un club de madres [...]. Entonces estas personas carecen de conocimiento. La mayoría de mujeres en este pueblo son analfabetas. No saben, no comprenden lo que uno les habla. No han tenido roce antes... entonces, hay que hacerles comprender con cariño, no contradecirles, hablarles como se habla un niño, ¿no?”.

Podemos decir, sin embargo, que en su barrio Olga ha descubierto una serie de cualidades suyas antes negadas o sin posibilidades de desarrollo. Ella aprecia este hecho y no quiere dejar de evolucionar personalmente. Considera que esto constituye una ayuda para la educación de sus hijos:

“El club de madres para mí es muy importante. Tal vez desde aquel día que participo he aprendido más, veo

qui significo un poco más. Antes yo mi sentía cohibida de participar, sólo tenía mis problemas, no hablaba mucho con el vecindario, pero ahora no. Yo he cambiado, mucho...tal vez sea la edad ¿no? (se ríe). Ahora es diferente. Yo tengo mis problemas, pero también tengo mis responsabilidades. Entonces ya no pienso tanto en mis cosas nomás. . . .Hay veces cuando estoy descansando, no mi siento tranquila. Mi desespero. Siento qui debo estar participando en algo, haciendo algo''.

ISABEL

Es la única de las entrevistadas nacida en Lima. Tiene 36 años. Su padre nació en Ayacucho y su madre en Huánuco. No sabe en qué año llegaron, pero sí recuerda haber sabido que ambos estaban solos en Lima cuando se conocieron para luego casarse. Su padre llegó cuando tenía 18 años e ingresó a la Guardia Civil. La madre de Isabel murió poco después de nacer el último de sus siete hijos, víctima de una larga enfermedad que modificó sustancialmente el rumbo de su familia:

“Como mi mamá estaba grave, mi papá se retiró del cuerpo policial y entró a trabajar como operario al arsenal de la FAP. Entonces recibía su jubilación y un sueldo mayor. Pero mi mamá siguió grave hasta que yo ya ni siquiera pude seguir estudiando. Mucho era el gasto y tampoco había quién se encargue de la casa. Yo tenía 10 años en esa época. Llegué a mi quinto de primaria nomás. Hasta que mi papá tuvo que dejar su sueldo de la FAP porque salió una ley que decía que nadie podía recibir doble sueldo del estado. Entonces su pensión de mi papá no alcanzaba para todos. Entonces yo, terminando mi primaria, me puse a trabajar desde mis 11 años. Trabajaba en casas haciendo servicio. Yo soy la segunda de todos mis hermanos, entonces mi papá dijo que mi hermana la mayor se quedaba haciendo el trabajo de la casa. Yo salía a trabajar a la calle. mis hermanos hombres, que son tres, estudiaban.

Yo me resentía de por qué tenía que salir yo a trabajar a la calle. Eso siempre se ha quedado en mí [...]. La primera vez que trabajé -cama afuera le dicen- yo no me acostumbraba. Yo decía: '¿cuándo se acabará esto, cuándo se acabará?'. Pasó el tiempo y yo seguí trabajando en otras cosas, quise estudiar más, pero no se

podía...mi papá... para él la educación había que dársela a los varones, no a las mujeres [...]. Esa era la mentalidad de mi papá. Mi mamá si quería que estudiemos. Ella murió y nosotros estábamos mal en lo económico”.

Después de trabajar en servicio doméstico, Isabel decidió emplearse en algo diferente. Trabajó como obrera en tres lugares distintos. Los dos primeros, talleres casi artesanales: Un taller donde se envasaba en bolsas, muñecos de plásticos. El otro, más grande, donde se confeccionaban trapos para limpiar pisos y carros. El tercero fue una fábrica de “muebles de fierro forrados en plástico” donde además aprendió a trabajar con fibra de vidrio. Allí permaneció durante diez años. Salíó al nacer su segundo hijo.

“Yo tenía...estaría para cumplir los 13 años, y ya no quería trabajar en casas. Entonces, una vez que salí de la última casa en que trabajé, entré a trabajar donde una señora que embolsaba figuritas de plástico. Eran de deportistas. Pero ese trabajo no me gustaba porque no aprendía nada. Había varias muchachas, pero yo veía que ese trabajo no era para mí. Después entré a trabajar en una fábrica. Era chica. Se hacían trapos para trapear, así para limpiar carros, en eso trabajé. Los trapos, los dueños los traían en costalillos. Eran trapos...retazos pequeños, entonces nosotros poníamos eso en el centro, de allí otra tela encima y a pasarle y pasarle la máquina. A las franelas de carro les hacíamos la basta. Hacíamos cuadrados grandes. De esos trapos cosidos nos pagaban...0.50 centavos ¡por kilo! Y estaba cose y cose, cose y cose y lo más que se sacaba eran tres soles diarios. Y eso no era plata, pues. También de allí me salí, pero me dieron Seguro Social. Ahí saqué mi...tarjeta de...prestaciones. Mi mira era entrar a trabajar con mi hermana. Ella empezó a trabajar en una fábrica que quedaba cerquita a mi casa, y estaba aprendiendo bastantes cosas. Le digo a mi hermana: ‘no seas malita, pregunta, consigueme un trabajo para mí’. Ella me decía: ‘Pero si no hay trabajo, cuántas muchachas yo veo que van a buscar trabajo y no les dán’... Es que mi hermana era bien vergonzosa. Entonces un día yo me metí a la fábrica. Estaba allí y vino el dueño y me ve: ‘¿Qué hace esta niña acá?’. Entonces le digo: ‘Soy, su hermana de Ernestina y necesito tra-

bajar. ¿Necesitas trabajar?, ¿y cómo Ernestina no me ha dicho nada?; pero tú eres muy chica, no puedes trabajar acá'. Entonces yo me aumenté la edad: 'Tengo 16 años', le digo y no me cree; entonces le digo: 'Tengo 14' y entré a trabajar allí'.

Ahora Isabel es ama de casa y delegada por su manzana a la asamblea de la cooperativa de vivienda donde vive desde hace ocho años. En ese tiempo ha demostrado su empeño, tenacidad e inteligencia en el trabajo vecinal. Cumplió un papel importantísimo en la campaña que terminó con la renuncia al cargo de un dirigente comprometido en malversación de fondos de la cooperativa. Ella dice que después de eso se ha convencido de que se pueden conseguir las cosas si se insiste.

El año pasado su hijo mayor fue desaprobado en más de cinco cursos durante el segundo bimestre del ciclo escolar. A partir del día en que Isabel recogió la libreta, decidió convencer a su hijo de la necesidad de estudiar. Redobló la vigilancia sobre el cumplimiento de las tareas de su hijo.

"Y así yo le decía: Tú tienes que proponerte hijo, porque si tú te lo propones tú puedes salir adelante, porque lo que uno se propone lo consigue. Y así, diciendo estas palabras, lo levantaba todos los días a las seis de la mañana desde unas dos semanas antes de que empiecen sus exámenes. A las seis de la mañana lo hacía repasar. Salía del colegio y de ahí no me salía durante la semana. Lo hacía estudiar hasta las 11 de la noche. De ahí a acostarse. He estado así con él hasta que dió sus exámenes. Me iba al colegio a ver cómo le iba, y así hasta que terminó de dar sus exámenes. Le entregaron la libreta... y era otra cosa. Le digo: mira esas notas hijo, ¿no te da gusto?..."

La misma firmeza de Isabel ha sido conocida por sus vecinos el año pasado, cuando junto con un grupo de señoras se dedicó a investigar algunas irregularidades cometidas por la junta directiva de su cooperativa.

"La primera intervención que hice fue una vez en una asamblea que yo veía que los delegados todo, todo lo que presentaba la directiva, aprobaban. Se veía que la

directiva ya traía algo decidido, y los delegados todo, todo aprobaban. Esa vez era un balance que estaban presentando, y sin discutir se estaba aprobando. Entonces ese rato yo me paré, con todos mis nervios, mi boca temblaba para hablar, las piernas no me sostenían, pero yo decía: no puedo quedarme callada. Entonces, ese rato mi forma de hablar no fue adecuada, porque no estaba preparada, estaba nerviosa, entonces parecía que estaba enojada, no sé... furiosa. Les dije que tenía que hacer un reclamo, que otro señor y yo no entendíamos de ese balance y que no estaba claro y que por eso no podía aprobarse. Yo dije: 'si yo vengo a nombre de mi manzana, yo después les tengo que informar a ellos. Yo no vengo por mí sola, entonces, tengo que entender lo que apruebo'. Y yo decía eso porque el señor que discutía sabía todo bien, bien; y entonces él... ¿cómo se dice...? fundamentó, si, fundamentó por qué no quería aprobar ese balance y eso me hizo desconfiar más. Pero no hablé bien, porque yo terminé y nadie me apoyó y ese balance se aprobó. Era un balance donde por refrigerio, movilidad y esas cosas se había gastado un montón de plata... como le dije, esa fue mi primera intervención, con un nerviosismo único. Ese rato sentía en mi pecho un dolor... un dolor que no se me pasó ni al llegar a mi casa. Después de esa intervención empieza mi batallar".

Y ese batallar terminó con el descubrimiento y comprobación de cobros indebidos, gastos no explicados, tráfico de lotes y estafas a la población de parte de los dirigentes de la cooperativa. Tras ello, el presidente del Consejo de Administración renunció a su cargo junto con otros dos miembros de su directiva.

"Cuando empezamos esto, no sabíamos en qué iba a terminar. Sólo queríamos demostrar que nos estaban robando, pues. Con las señoras hemos caminado de acá pa' allá, de acá pa' allá, hasta que todas las pruebas hemos reunido".

Para Isabel, esta experiencia no resultó fácil. Tuvo que aprender muchas cosas para poder enfrentarse a la formalidad de la directiva y al burocratismo de las instancias públicas a las que asistía acompañada de sus vecinas buscando información:

"Ahora le digo: creo que sola no hubiera podido resolver todos esos problemas. He tenido que aprender mirando, mirando, pero hasta ahora hay cosas que no entiendo. Por ejemplo cuando dicen: 'pasa al orden del día', ¡ahí yo me maréo! A veces me dicen: '¿por qué no hizo su pedido en su oportunidad?'. Yo quiero hablar...pero ya se pasó el momento en que yo debía haber pedido eso, pero yo nunca sé cuál es ese momento... porque a veces insistía en que me hagan caso, en que me escuchen y pensaba: no me quieren dejar hablar. Me decían: 'señora, no proteste' porque yo les discutía diciendo: 'pero estoy en mi derecho, yo soy delegada, tengo que hablar'; pero es que no sabía, no sabía cómo es la forma".

Este grupo de señoras con el que Isabel se movilizó ha logrado impulsar mejoras importantes en el barrio. Ellas valoran mucho este hecho y han aprendido sin ninguna asesoría externa cómo realizar una serie de trámites burocráticos que en principio son responsabilidad de la directiva. Ellas usan una frase con la que se dan aliento cuando les ponen muchas trabas a lo que pretenden o cuando descubren que las subestiman: "a las inventoras de la bomba, nos vienen con 'cuetecillos'".

LUCY

Cumplió recién los 25 años. Llegó a Lima a los 14 desde su pueblo en la provincia de 2 de Mayo en el departamento de Huánuco. Salió de allí huyendo de su padre con un hermano mayor que trabajaba en Lima. Como gran parte de las familias en el campo, la suya se oponía a que ella, por ser mujer, asista a la escuela.

"Cuando yo vivía allá en Huánuco, iba parientes lejanos que estaban viviendo acá y me decían: 'en Lima puedes trabajar rápido, superarte'. Yo tenía la idea de encontrar un Lima donde uno puede conseguir de todo (...). Pero allá en la sierra es difícil que una estudie. Los padres no quieren que las hijas estudien. Sólo los varones nomás. Y yo ya me había hecho esa idea que tenía que estudiar, que tenía que sobresalir".

Al llegar estuvo unos días en casa de un tío en Villa El Salvador, mientras su hermano le buscaba trabajo. Finalmente, la ubicó en casa de una familia huanuqueña en Jesús María:

“Aunque eran huanuqueños, era una situación bien distinto, un choque así... culturalmente todo era distinto. Y yo empecé a cambiar bastante. Yo al principio me avergonzaba de hablar quechua, de ser como era, trataba de imitarles a los que trabajaba en su casa, de ser como ellos. Yo estaba confundida, trataba de imitar todo, la vestimenta, la manera de hablar, de comportarse y a veces hasta rechazaba mis paisanos, rechazaba hablar quechua. Todas esas cosas he pasado”.

La vida escolar de Lucy, iniciada apenas aprendió lo básico del castellano, definió totalmente su vida, como veremos. Estudió hasta el segundo año de secundaria en un colegio nocturno a cargo de un plantel de profesores y monjas preocupadas por estimular la toma de conciencia de sus alumnas -mayoritariamente trabajadoras del hogar- respecto a sus derechos y su situación de explotadas. Allí nuestra entrevistada se integró a un grupo de alumnas que luego participaron en organizaciones sindicales de trabajadoras del hogar:

“Allí yo me empecé a dar cuenta, por ejemplo, que me pagaban poco, que los días domingos no salía y eso. Pero me salí porque tuve un accidente de tránsito cuando estaba llevando al bebito que cuidaba en mi trabajo. Me atropelló un moto, entonces quedé con el rostro desfigurado como tres años. De ahí la señora no quiso pagarme mis beneficios sociales y me botaron así enferma. ¿Quién me ayudó? Las compañeras de ese grupo que ya se había formado”.

La relación de solidaridad y comunión de intereses entre Lucy y sus compañeras parece ser indestructible. Por lo menos en lo que a ella se refiere y en la ayuda que ha recibido en los momentos más difíciles y aún ahora:

“Con toda esta realidad que nosotros vivimos, es difícil que te margines cuando ya sabes lo que es estar con las compañeras. Yo he tratado de mantenerme siempre y hasta ahora con ellas. Participaba de un sindi-

cato, en todos los grupos del sector, con diferentes organizaciones, coordinando, trabajando. Pero ya en 1979 tuve mi bebito, me replegué un poco del trabajo, pero no me desligué. Ahí también las compañeras me han ayudado. [...]. Hay veces en que el bebito se enferma y yo no tengo plata ni para los gastos, así que de una u otra manera las compañeras del sindicato me han dado la mano”.

Para Lucy la formación recibida y la autoformación que ella ha continuado le sirven como fuente de fortaleza para resistir y “salir adelante”. Es además consciente de su calidad y, por ello, desempeña algunos cargos en las organizaciones en las que está. Participa de una sección distrital de su sindicato con responsabilidades directivas y de una coordinadora de sindicatos y organizaciones diversas de trabajadoras del hogar. Actualmente su situación personal es bastante dura. Sólo consigue trabajar por horas y “cama afuera”. De otro modo no la aceptan con el niño que ahora tiene tres años. No tiene un lugar para vivir. Está temporalmente en uno de los locales de su gremio, y otras veces va a casa de un hermano que vive en Canto Grande:

“Pero a pesar de todo, he tratado de sobresalir, tanto en lo moral y en la cuestión afectiva. He tratado de orientarme yo misma. Por eso yo me mantengo hasta ahorita. Mi familia me ha dado la espalda. Por el hecho de que soy madre soltera y ellos tienen una ideología tradicional no me han entendido (...). Yo no les guardo ningún recelo, ningún rencor, porque como te digo, la crianza que ellos han tenido no los hace culpables (...). La vida a veces te enseña con dureza y uno tiene que aprender a no ser resentida, a no ser rencorosa porque uno tiene que entender las cosas de otra manera. Uno tiene que saber que los problemas no puede resolverlos uno personalmente, sino así, colectivamente. Y también saber que mi vida, así como la vida de otras compañeras como yo, no va a mejorar hasta que no se transforme este sistema... Algún día se va a transformar y tendremos otro modo de vivir. Y todos tendremos que trabajar para construir una cosa nueva. Eso es lo que a mí me mantiene. ¿no?. Eso es lo que a mí me da fuerzas para seguir... Mientras tanto uno tiene que contribuir con el sindicato, tratar de que se relacione con otras organizaciones. Por ejemplo, en este caso, como somos todas mu-

jeros, también podemos coordinar con las compañeras de los barrios, porque nuestras hermanas o a veces nosotras mismas, cuando alguna se casa, se convierte en eso, en una pobladora”.

Lucy ha contado con espacios de reflexión sobre sí misma, que no han tenido las otras mujeres que entrevistamos. Su caso es muy especial, aunque no es único. Son muchas las que como ella en los barrios, en las fábricas o dentro de su gremio han ingresado a las organizaciones populares o políticas de la izquierda, o han participado de movimientos cristianos y han entendido su formación como una constante transformación de sí mismas:

“Tener esta vida es bien difícil. Es una cosa compleja mi vida personal porque el compromiso, la conciencia de clase, la conciencia política, a veces choca cuando uno no lo acentúa bien. Para mí ha sido bien difícil entender la necesidad de cambiar el sistema porque una trabajadora del hogar está aislada de todo, ¿no? Entonces, las limitaciones para una buena formación son muchas. Se cometen muchos errores y es necesaria la autocrítica. También es difícil mantenerse organizada porque eso hace que uno no pueda resistir mucho tiempo en los empleos. Ser madre también limita. Pero yo trato de vencer todas esas barreras para poder seguir en esto. Por eso es importante que uno misma se autoeduce, que uno misma reflexione lo que hace, sus errores y los errores de otros. Hay que tener mucha paciencia para todo, no se puede entender todo espontáneamente, hay que esforzarse, hay que pensar”.

Sólo la inquietud por la educación de su hijo le hace pensar en dedicarse menos a sus actividades sindicales, aunque lo que desea para el hijo guarda mucha coherencia con su comprensión de las cosas:

“Yo ya no pienso tanto en mi futuro, en mejorar yo, en qué será de mi persona. Más bien pienso en el futuro de mi hijito. Por él estoy pensando dejar algunas responsabilidades si es que encuentro un trabajo estable con cama adentro. Quiero educarlo para que de repente tenga un vida distinta. Pero, eso sí, yo quiero que entienda su realidad distinto, pues. No quiero que crezca como otros niños que son resentidos. Yo espero

que él tenga una educación creadora, donde él sea distinto, sea conciente siempre, que no cambie. Por ejemplo, José Carlos Marátegui ha sido un luchador; en cambio su hijo es un reaccionario, ¿no?; yo no quiero que así pase con mi hijo. El es un niño que es bien inteligente, participa en todo conmigo, me acompaña a las reuniones, a las marchas, él sabe cómo está todo. Mi interés es que mantenga esa visión, que sea así de joven y que luche por el futuro, ¿no?”.

MARIA

Dejamos a María para el final no sólo por ser la mayor de las entrevistadas, sino porque su caso representa una de las formas menos comunes de adaptación o inserción en el medio urbano. Ella es una conocida intérprete de música tradicional andina. Nació en las provincia del Malvas, en el departamento de Ancash, en 1930. Por su edad y su aguda inteligencia reflexiva, es capaz de ordenar con mucha coherencia y riqueza de elementos el relato sobre su vida; por ello recurriremos más a su testimonio que en los otros casos para resumir su vida. Adelantamos que ella es de origen campesino y que estuvo en su pueblo hasta los nueve años de edad. Salió de allí huyendo con una prima luego de la muerte de su madre:

“Mi padre vivía, pero él más dedicado a la chacra, yo en la casa, él en el campo; prácticamente, podría decirse que estaba un poco desamparada. Tenía hermanos casados, pero ellos también dedicados al campo, y bueno, yo estaba sola”.

En esa soledad, planea su fuga con una prima que había ido de visita a su pueblo. Llega a Lima a la casa en la que su prima estaba empleada mientras ubicaba a su hermana que ya vivía aquí. María se recuerda a sí misma en esos años diciendo: “En la forma que me ven ahora, posiblemente no creerían, pero en aquella época yo era demasiado tonta o demasiado ingenua. Era una muchacha típica de la sierra que ignora todo el otro mundo tan distinto al que yo estaba llegando”.

Con numerosas anécdotas típicas de quien viene a la urbe del medio rural, describe su entrada a Lima. Al llegar, María había estudiado hasta el tercero de primaria. Tal vez, porque para realizarse como cantante la educación escolar no le ha sido

necesaria, para ella solamente representa la posibilidad de leer. Dice que su escuela ha sido vida de artista que le ha permitido conocer mucha gente, de distintos medios sociales y culturales.

Sólo los primeros años de su vida realizó actividades distintas a las del canto. Trabajó como empleada doméstica los primeros años. Al tercer año de estar aquí, ya compartía este trabajo con sus inclinaciones artísticas, asistiendo constantemente a los ensayos de una "compañía de música folklórica", primero como bailarina suplente y luego como cantante desde el día que el empresario accedió a escucharla. Pero en aquellos años, el trabajo de suplente era *ad honorem*:

"El problema mío, entonces, era que yo no tenía un trabajo seguro. Para mí hay veces tampoco me aceptaban porque los ensayos eran estrictos en las compañías. [...]. Inclusive yo ni ganaba, ni siquiera estaba trabajando, pero el hecho de pertenecer a la compañía como suplente hay veces pagaba multa. Se pagaba multa por faltar, imagínese, cincuenta centavos. Y hay veces que a mí no me dejaban salir de mi trabajo. Era un problema porque yo trabajaba cama adentro. Entonces pedía permiso. Algunos patrones me comprendían una o dos veces, pero otros me largaban diciendo: 'Bueno ¿vas a cantar tu huayno o vas a trabajar? ¡Te largas!'. Así que me ponían con la maleta en la calle, pues, tenía que irme a una amiga, o quién sabe a algún familiar una temporada, volver a buscar otro trabajo, otra vez los ensayos. Lastimosamente habré caminado pues unas docientas o trecientas casas durante esa época...de casa en casa, de casa en casa, que ahora muchas veces paso por ahí y me acuerdo.

A pesar de las dificultades y de su juventud, María cuenta que ya había decidido ser cantante haciendo los sacrificios que fuesen necesarios para conseguirlo. Todo esto con el único apoyo de sus amigas en un medio social hostil:

"...No encontré mucha comprensión; al contrario, encontré siempre menosprecio porque me decían: '¡Por cantar tu serranada!... Tú crees que estás en tu tierra...' y así, cosas menospreciativas, cosas hirientes, ¿no? Así era pues.

...Yo tampoco quería molestar a mi familia. Tenía que valerme por mí misma".

Como el caso de muchos otros cantantes, todo ese esfuerzo fue premiado un día por la casualidad. Una función, en la que María debía cantar como integrante del coro, se vió afectada por la ausencia de la solista de la compañía. El empresario exigió que María la reemplace. La fecha fue tan importante para ella que celebra esa fecha como aniversario del inicio de su actividad artística. Esto ocurrió hace casi cuarenta años.

“¡Después que tanto había luchado y ese día del debut me toqué de nervios y no quise salir! Hasta que el señor D. me pegó un grito. Me dijo: ‘¡Señorita! ¿Usted cree que está aquí a dónde para hacer lo que le da la gana? ¿Va usted a salir o no?’ [...] y ¡de un empujón me mandó al escenario! y así que entonces pues... ya pues, no había nada que hacer; la gente, claro, me aplaudió, ¿no? Pero ellos no sabían cómo iba a cantar, no sabían cómo era mi voz... Así es que el conjunto comienza a tocar la entrada pues, oiga usted, y comienzo a cantar el pasacalle... ¡ay, qué cosa más linda, nunca olvidaré...! [...]. Si bien me empujaron para entrar, ¡también tuvieron que sacarme a empujones porque ya me había gustado ya, y canta y canta estaba...”.

Ese mismo día, el empresario de la compañía le propuso ser cantante solista. Allí trabajó casi cuatro años.

En la actualidad, María vive modestamente en una pequeña casa en una urbanización popular en el distrito de Comas. Tiene un espacio radial diario y varios discos grabados. Ha recorrido el país varias veces e incluso ha salido al extranjero.